

José Granados García

A la luz del fruto:
Ocho días de
Ejercicios espirituales



COLECCIÓN

didaskalos

JOSÉ GRANADOS GARCÍA

A LA LUZ DEL FRUTO:
OCHO DÍAS DE
EJERCICIOS ESPIRITUALES



1.ª edición: octubre de 2018

Autor: © José GRANADOS GARCÍA, DCJM

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-30418-2018

ISBN: 978-84-17185-17-6

Maquetación y portada: M.ª Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Al P. José RAMÓN BIDAGOR, SI,
in memoriam

Al P. Jorge DE LA CUEVA, SI

Índice

	<u>Págs.</u>
PREFACIO	15
<i>José Noriega</i>	
I. MEDITACIÓN INTRODUCTORIA	21
1. Acercarse a Jesús de noche: del cansancio a la esperanza .	24
2. Noche de preguntas	26
3. Nacer de nuevo, venir a la luz	30
PRIMERA SEMANA	33
II. EL PRINCIPIO Y FUNDAMENTO: “¿POR QUÉ ME LLAMAS BUENO?”	35
1. “El hombre es creado...”: el amor originario	37
2. “El hombre es creado para...”: el fin de la vida	40
3. “...las otras cosas sobre la faz de la tierra...”	42
4. “Hacernos indiferentes”	44
5. “...lo que <i>más</i> nos conduce al fin...”	46
HOMILÍA: GUSTAR A DIOS, CONSOLACIÓN Y DESOLACIÓN (Salmo 34; Jn 6,48-58)	48
III. EL PRINCIPIO Y FUNDAMENTO, DESDE CRISTO: “¿DE QUIÉN ES ESTA IMAGEN Y ESTA INSCRIPCIÓN?”	51
1. Los “principios” de nuestra vida: desde Jesús a la Palabra eterna	53
2. “Y la Palabra se hizo carne”: nuestro principio y funda- mento en la carne de Cristo	54
3. Creados para seguir a Jesús y conformarnos con Él	57
IV. EL PECADO, ANTI-“PRINCIPIO Y FUNDAMENTO”	61
1. El pecado: falta de fruto	63
2. El pecado: falta de raíces en Dios	65
3. El pecado, falta de ramas: la relación con los hermanos . .	67

	<i>Págs.</i>
V. MI PECADO	71
1. “Mi pecado” (EE 55-61)	73
2. Ponderar mi pecado, ponderar a Dios (EE 57-59)	77
3. Crecido asombro ante tanta paciencia de Dios	79
HOMILÍA: <i>MEMORARE</i> , RECUERDA CON GRATITUD (Ez 24,15-27; Mt 19,16-26) .	80
<i>SEGUNDA MEDITACIÓN</i>	85
VI. MUERTE E INFIERNO	87
1. La muerte: acumular un tesoro en el cielo	89
2. Cuando no hay fruto: la segunda muerte.	91
3. La muerte, hacia la vida.	93
VII. ¿NADIE TE HA CONDENADO? ¿ME AMAS MÁS QUE ESTOS?: LA MISERICORDIA DE DIOS	97
1. El dedo de Jesús y el dedo de Dios	98
2. Dios reescribe nuestra historia	100
3. En el Espíritu, un nuevo camino	102
4. María, Reina y Madre de misericordia	103
SEGUNDA SEMANA	107
VIII. EL REY ETERNO	109
1. ¿Quién llama?	111
2. ¿A quién llama? ¿A qué llama?	113
3. El absurdo de no responder y la oblación del “más”	115
HOMILÍA: LO QUE CRISTO NOS DA, A CAMBIO DE SEGUIRLE (Lc 18,28-30) . .	118
IX. “¿QUIÉN ES MI MADRE?” LA ANUNCIACIÓN	121
1. El anuncio del ángel	122
2. La vocación de María	125
3. Una espada te atravesará la vida	127
X. EL NACIMIENTO EN BELÉN	131
1. Jesús en la carne: en una familia, modelado por el Padre . .	132

	<i>Págs.</i>
2. Novedad de la carne de Jesús	135
3. La carne de Cristo para una fraternidad nueva	136
XI. LAS DOS BANDERAS	139
1. El camino de la pobreza	141
2. El camino de la humillación y los verdaderos signos.	143
3. Humildad y reinado.	144
HOMILÍA: EL TIEMPO DE LA BANDERA DE JESÚS (Mt 20,1-16)	147
XII. JESÚS EN EL JORDÁN	151
1. El Espíritu que desciende sobre Jesús	153
2. Un Espíritu para nosotros	155
3. El ritmo de la historia de Jesús, movido por el Espíritu.	157
XIII. JESÚS ESCOGE A SUS DISCÍPULOS	161
1. La elección de los discípulos, uno a uno	163
2. La historia de la fraternidad llevada a plenitud	166
3. El trabajo de la fraternidad	169
XIV. ¿POR QUÉ ESTA GENERACIÓN BUSCA UN SIGNO? EL ROSTRO TRANSFIGURADO DE JESÚS	173
1. Moisés y Elías conversan con Jesús	175
2. La gloria de Jesús que pasa	177
3. Transfigurar nuestro tiempo.	178
4. La gloria en el cuerpo: “vieron a Jesús solo”	180
HOMILÍA: LOS TRES BINARIOS Y EL CORAZÓN NUEVO (Ez 36, 24-30; Sal 51; Mt 22, 1-14).	184
TERCERA SEMANA	187
XV. ¿PODÉIS BEBER EL CÁLIZ QUE YO HE DE BEBER? EUCARISTÍA Y SACERDOCIO	189
1. La entrada de Jesús en la pasión	191
2. El cuerpo que se entrega	193
3. El lavatorio de los pies	196

	<i>Págs.</i>
XVI. GETHSEMANÍ: “¿QUÉ DIRÉ? ¿PADRE, SÁLVAME DE ESTA HORA?” . .	199
1. El querer del Padre	200
2. “El espíritu está pronto, pero la carne es débil”	203
3. El sueño discipular.	205
XVII. LA PASIÓN	207
1. Jesús cumple las Escrituras	209
2. El relato de Judas.	211
3. El relato de Pedro	212
4. El relato cerrado de los judíos	215
5. La pasión, camino de esperanza	216
HOMILÍA: VIRGINIDAD Y AMOR ESPONSAL (Ap 21,9-14; Jn 1,43-51). . . .	218
XVIII. PASIÓN Y REINADO DE CRISTO	221
1. La vocación de Pilato, vocación a la verdad	223
2. “He aquí al hombre”	226
3. He aquí a tu juez	228
XIX. “¿MUJER, NO HA LLEGADO MI HORA?” CONTEMPLAR LA MUERTE DE JESÚS CON MARÍA Y EL DISCÍPULO AMADO	231
1. Nacemos de la cruz	233
2. Jesús dona el Espíritu al expirar.	235
3. De la cruz nace la Iglesia, extendida por el mundo	237
CUARTA SEMANA	241
XX. “¿A QUIÉN BUSCAS?” APARICIÓN A MARÍA MAGDALENA	243
1. La gran hazaña del Padre: resucitar a Jesús.	244
2. El camino de la alegría pascual: “vio y creyó”	247
3. Fe y alegría plenas: tocar a Jesús	249
HOMILÍA: DECIR Y HACER, DESDE LA PASCUA (Mt 23, 1-11)	252
XXI. LOS DE EMAÚS: ¿NO ERA NECESARIO QUE EL MESÍAS PADECIERA, PARA ENTRAR EN SU GLORIA?	255
1. Tardos de corazón para entender: el camino, a la luz de la Pascua	256

	<i>Págs.</i>
2. Quédate con nosotros, atardece: Jesús aclara el misterio de tu tiempo	259
3. Presencia eucarística	262
4. Contrapunto mariano: un corazón bien dispuesto	264
XXII. ¿PORQUE ME HAS VISTO, TOMÁS, HAS CREÍDO? (Jn 11,26)	267
1. ¡Recibid el Espíritu Santo!	268
2. Mete la mano en mi costado: creer y ver	272
3. “Toca mi llaga”	274
XXIII. CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR (I)	279
Dos notas previas: amor en obras y amor recíproco.	280
1. “Si conocieras...” Reconocer y acoger el don.	282
2. Responder al don	286
3. Dios habita conmigo	287
HOMILÍA: PLANES DE VIDA ETERNA (Jos 24, 14-18; Juan 6, 61-71)	289
XXIV. CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR (Y II)	293
1. El trabajo de Dios por mí y conmigo.	295
2. Jesús trabaja con sus discípulos, Jesús trabaja en mí	298
3. La mirada contemplativa.	301
XXV. LA ASCENSIÓN	303
1. La ascensión: vivir, moverse y ser en el cuerpo de Cristo	304
2. Cristo, presente en la Iglesia, que es su Cuerpo	307
3. Tiempo de misión y de esperanza	310

Prefacio

¿Ejercicios espirituales? Práctica consolidada en el tiempo, que, hoy, sin embargo, muestra signos de decadencia: disminuyen quienes los practican, pierde vigor de renovación. Causa no es solo la dificultad del hombre posmoderno para hacer silencio dentro de sí, distraído entre tanta pantalla. La causa profunda la ha señalado un reciente documento de la Congregación para la Doctrina de la fe, *Placuit Deo*: el hombre de hoy se ve aquejado de individualismo y de intimismo.

Con estas lentes en el corazón, quien se apresta a la práctica que antaño ideara uno de los primeros modernos, llegará a parajes muy ajenos al santo de Loyola: pisará terreno gnóstico, donde la propia convicción, ahora emotiva, adquiere valor de criterio. Basten dos piedras de toque: indiferencia y discernimiento. Significan cosas distintas a cuanto significaban antaño. San Ignacio escribe indiferencia, y lo atribuye a una cualidad del corazón, que no prefiere una cosa a otra sin ver lo que Dios prefiere; para un posmoderno se trata más bien de una cualidad de las cosas, que son indiferentes en sí, y todo depende de la intención con que se usen. San Ignacio habla de la necesidad de discernir para elegir, y lo acota con precisión: pues de lo que es malo o de lo que cae bajo elección inmutable, no hay discernimiento que valga. Un posmoderno, al haber perdido la teleo-logía de las cosas, no tiene límite en su dis-

cernimiento, y ahí va, a discernir si es voluntad de Dios que mantenga aún los votos pronunciados, o si lo es que comulgue cuando está en una nueva unión permaneciendo el matrimonio anterior. Discernir para un posmoderno es solo cuestión de aclarar la buena intención. Indiferencia y discernimiento se han convertido hoy en piedras de tropiezo.

Los ejercicios espirituales pueden convertirse en un tiempo ambiguo. Ese modo de ejercitar el alma, de prepararla y disponerla para quitar las afecciones desordenadas y así buscar y hallar la voluntad de Dios se han transformado hoy en otra cosa: es un ejercicio para aclarar las propias buenas intenciones. Allí, en la torre interior de la conciencia, el Dios que se encuentra no es el Dios creador, que ha dejado expresa su voluntad en la creación; ni el Dios de nuestros padres que se eligió un pueblo y le dio una ley para el camino; ni el Dios redentor que se encarnó dejando su palabra y su acción en la tradición de la Iglesia; ni el Dios santificador que acompaña a la Iglesia y asiste su jerarquía, que aprueba constituciones y confirma autoridades en las familias religiosas. La voluntad de Dios podría ir así más allá de la razón, incluso contradecirla; o más allá de la revelación, pues se dice que estaba circunstanciada a ese momento histórico; o incluso más allá de lo que la Iglesia jerárquica o las constituciones pudieran pedir. La creación, la revelación, la Iglesia, los superiores, las propias constituciones, los hermanos o incluso los votos pronunciados se han vuelto mudos, indiferentes en definitiva. Ahora Dios hablaría en otras montañas, cuyo eco sería la propia convicción emotiva, que puede ir más allá de todo lo anterior, variando rumbo. Más que hallar la voluntad de Dios lo que se halla es la propia voluntad.

Este terreno es extraño a S. Ignacio, porque es extraño al verdadero cristianismo. Con todo, no podemos obviar que este es el terreno que asienta a muchos de los ejercitantes que hoy practican los ejercicios. Quien no lo tenga en cuenta, favorecerá un cortocircuito de grandes consecuencias: se propone una palabra, y se recibe con otro significado. Y allí quedará el hombre posmoderno, aislado en la torre de su concien-

cia emotiva, de su buena intención. Lo más extraño en todo este asunto es que tal disparate viene a ser justificado teológicamente.

¿Ejercicios *espirituales*? Pero ¿no es el espíritu el que está pronto mientras la carne es débil? ¿No es nuestra carne la que necesita ejercitarse, acostumbrarse a dejarse llevar por el Espíritu? El ambiente neo-gnóstico solo se vence cuando se focaliza la carne y se aprecia la grandeza de su vocación. Aquí está el acierto de la propuesta que el Padre José Granados hace en el presente libro. En las grandes intuiciones ignacianas, en “todo modo de examinar la consciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras operaciones espirituales”, lleva al ejercitante hasta su propia carne, para en ella apreciar el arte de Dios, que de barro nos hace llegar a ser hombres, y de hombres nos lleva a ser dios, según la hermosa intuición de san Ireneo de Lyon. La práctica de los ejercicios se carga así de densidad y evita el cortocircuito. La cuestión en juego no es la serenidad de la propia convicción emotiva, ni la pretendida buena intención, sino la fecundidad de nuestra vida: con ello nos vemos obligados a salir de nuestras convicciones emotivas y a confrontarnos con las bendiciones que recibimos de Dios y con el fruto que generan. Se trata de bendiciones que no nos llegan en soledad, sino en la comunión eclesial y que a ella van dirigidas también, por lo que se hace imperioso valorar el fruto que nuestra vida ofrece.

Sí, es el arte de Dios lo que está en juego. Y si Él es capaz de suscitar en nosotros un arte nuevo, en concordia con el suyo, de tal manera que nos haga capaces de construir juntos una vida grande y bella, porque fecunda. Este arte de Dios tiene sus mediaciones humanas: entre ellas, la verdad y grandeza de las relaciones en las que vivimos y de los afectos que las fundan. Ahí es donde el Espíritu quiere llegar. Porque decir carne quiere decir relación: no en vano nuestra carne es engendrada por otros, por lo que es filial; participa con otros del mismo origen, por lo que es fraterna. Además, nuestra carne es capaz de unirse, por lo que es carne esponsal, vivida en la conyugalidad o en la virginidad; y

así, en la unión, ser fecunda, por lo que es carne de padre, con misión de engendrar y educar, de transmitir vida buena.

En estas relaciones que la carne hace posible vivimos los grandes afectos. Ellos transforman la carne, dilatándola para que acoja en el corazón la presencia de aquellos que el Señor nos regala. El corazón es el lugar donde los nuestros habitan y desde donde se abre la vida a una plenitud nueva. Por eso entendemos la fuerza de la gran intuición ignaciana: podemos elegir cuando reconocemos los afectos que nos constituyen, y elegiremos bien si están en orden. Solo quien entra en el laberinto del corazón con el hilo del amor de Cristo podrá ordenar el amor. ¿Acaso no vence el amor más grande? Aquí está el punto: reconocer el amor de Cristo, y reconocerlo por el don de su Espíritu, que nos transforma y nos dispone a seguirle. He aquí el principio del orden.

De ejercitarse se trata. Esto es, de zurcir, con hilo y aguja, la grandeza de las relaciones que el Señor nos ha regalado, de las misiones que nos ha ofrecido. Como los pescadores tras la faena repasan las redes para que la próxima labor sea abundante, así el ejercitante, tras la pesca del año, prepara la nueva faena en la espera de nueva fecundidad. Papa Benedicto XVI, en un hermoso discurso a la Comisión Teológica Internacional, recordó de qué tipo de red y de pesca se trataba: solo la red adecuada permitía la pesca del gran pez, Cristo. El Señor quiere ser pescado por nosotros. Quiere que la red de nuestras relaciones le retenga en nuestra vida. No se nos puede escapar por rotos y descosidos. Es a él a quien queremos pescar más que a otras cosas, porque con él nos viene todo. Y estando Cristo en nuestra vida, él hará que los peces suban a la barca y llamará a otras personas para que formen parte de nuestra vida.

Se trata, entonces, de zurcir la red de nuestra vida. Aquí se trabaja la carne de los afectos y de las relaciones: aquí trabaja el corazón, con su memoria, que atesora los dones de Dios; y su fantasía, que anticipa los caminos de la entrega fecunda. Se quiere introducir la vida en los

ejercicios para que los ejercicios influyan en la vida. De fuera a dentro. De lo exterior a lo interior. Esta es la estrategia. Y en el seguir sencillo del método que se propone, con sus pasos simples y rutinarios, el ejercitante no solo adquirirá un método de oración, sino que verá que su carne comienza a desentumecerse, sus afectos a dilatarse, su espíritu a respirar. Cada meditación se abre con una pregunta. No es lo decisivo nuestra pregunta, aquella con la que vamos a los Ejercicios. Lo decisivo es la pregunta de Cristo, la que Él nos hace, esa que centra nuestro preguntar y nuestro desear. Y cada meditación termina con un coloquio, en el más pleno estilo ignaciano, con el que mover los afectos al trato de amistad.

Ejercicios en los que el Espíritu trabaja la carne de nuestras relaciones. Sí. Condensan la aventura de una vida. Estos que traes entre manos corresponden a los que el padre Granados predicó a la comunidad de los Discípulos de los Corazones de Jesús y María en ocasión del xxv aniversario de fundación. El texto refleja su origen coloquial y es de agradecer a Vladymir Pérez y a Macarena Aranda la transcripción del manuscrito y su revisión. Estas páginas condensan una historia: esa que el Señor va haciendo con esta pequeña familia. Reconocemos así mejor el camino de santidad por el que el Señor nos lleva. Y de este modo aprendemos la concordia: es la concordia que el Espíritu suscita en nosotros, como hizo con María, la Madre de Jesús. Ella nos enseña que es el corazón el que ve.

Madrid, 3 de septiembre de 2018

José NORIEGA
*Superior General de los
Discípulos de los Corazones de Jesús y María*

“¿Ejercicios espirituales? Práctica consolidada en el tiempo, que, hoy, sin embargo, muestra signos de decadencia: disminuyen quienes los practican, pierde vigor de renovación. Causa no es solo la dificultad del hombre posmoderno para hacer silencio dentro de sí, distraído entre tanta pantalla. La causa profunda la ha señalado un reciente documento de la Congregación para la Doctrina de la fe, *Placuit Deo*: el hombre de hoy se ve aquejado de individualismo y de intimismo.

Con estas lentes en el corazón, quien se apresta a la práctica que antaño ideara uno de los primeros modernos, llegará a parajes muy ajenos al santo de Loyola: pisará terreno gnóstico, donde la propia convicción, ahora emotiva, adquiere valor de criterio. Basten dos piedras de toque: indiferencia y discernimiento. Significan cosas distintas a cuanto significaban antaño. San Ignacio escribe indiferencia, y lo atribuye a una cualidad del corazón, que no prefiere una cosa a otra sin ver lo que Dios prefiere; para un posmoderno se trata más bien de una cualidad de las cosas, que son indiferentes en sí, y todo depende de la intención con que se usen. San Ignacio habla de la necesidad de discernir para elegir, y lo acota con precisión: pues de lo que es malo o de lo que cae bajo elección inmutable, no hay discernimiento que valga. Un posmoderno, al haber perdido la teleología de las cosas, no tiene límite en su discernimiento, y ahí va, a discernir si es voluntad de Dios que mantenga aún los votos pronunciados, o si lo es que comulgue cuando está en una nueva unión permaneciendo el matrimonio anterior. Discernir para un posmoderno es solo cuestión de aclarar la buena intención. Indiferencia y discernimiento se han convertido hoy en piedras de tropiezo”.

JOSÉ NORIEGA
*Superior General de los
Discípulos de los Corazones de Jesús y María*

ISBN: 978-84-1718-517-6



9 788417 185176

COLECCIÓN
didaskalos
